

Lucía Muñiz Rodríguez  
XXXVII Concurso Literario ‘Cudillero, el pescador y la mar’

### ‘OLAYA Y LA FOCA’

En Asturias hay muchos pueblos preciosos, pero el pueblo de esta historia era especial de verdad, ya que tenía muchas casas de colores, colgadas en la ladera de la verde montaña y todas las casas miraban al mar... porque casi todos los del pueblo eran familias de pescadores. Así todos los días, los marineros se iban a la mar y en el pueblo se quedaban las abuelas, madres y niños, esperando a que sus familiares regresasen con el pescado para vender en la rula.

Una de esas niñas, se llamaba Olaya y era una niña muy especial. No solo porque siempre estaba de buen humor y era muy guapa, sino porque Olaya desde pequeña tenía problemas al caminar, cojeaba y le costaba seguir el ritmo de juego de sus amigos.

A Olaya le encantaba mirar la mar, se pasaba horas mirando el puerto desde la ventana de su habitación. Además, a veces, cuando hacía buen tiempo, su padre y abuelo la llevaban en la lancha a pescar el calamar.

Olaya vivía en una casa de color azul, en el mismo puerto y como le costaba caminar, a veces se quedaba sola mirando como trabajaban su madre y abuela, haciendo las tareas de la casa y cosiendo las redes. A Olaya le gustaría ser rápida y correr detrás de sus amigos, pero como no podía subir como ellos las escaleras hasta la plaza de la Iglesia, donde normalmente jugaban, tenía que entretenerse en otros juegos que ella se había inventado: mirar las formas de las nubes, contar las olas que rompían muy fuertes en el puerto, etc.

También le gustaba mucho sentarse en la rampa del puerto y dar de comer a las gaviotas y los peces.

Un día de verano, mientras pasaba la tarde mirando las lanchas y el mar, vio que algo se acercaba buceando hacia el puerto. Primero se asustó y pensó que era un amigo que le quería gastar una broma, pero cuando “eso” se acercó, pudo comprobar asombrada que se trataba de una foca, pequeñina y marrón, que la miraba fijamente, como pidiéndole ayuda...

Se tiró al agua y nadando se acercó a la foca. Al principio con un poco de miedo pero luego como la seguía mirando, se atrevió a verla mejor y comprobó que tenía un anzuelo clavado en una aleta, con una herida muy fea.

No sabía qué hacer, porque si avisaba a los mayores igual decidían llevársela y ella quería ayudarla... Le pasaba lo mismo que a ella con su pierna... Pensó que mejor no decir nada y ayudar a la foca a que se recuperase para volver a nadar bien...

Así que desde aquel día, todas las mañanas y tardes de aquel verano, le decía a su madre que quería ir a nadar al puerto, pero realmente lo que quería era ir a ver a su amiga la foca, para curarle la herida y llevarle pescado para comer.

La foca esperaba todos los días la llegada de Olaya y ella se levantaba todas las mañanas muy contenta porque la iba a ver.

Su madre, que ya sospechaba algo, la siguió una tarde y la descubrió nadando con la foca, pero prometió no decir nada porque Olaya era muy feliz y le hacía olvidarse de su pierna.

Poco a poco, el resto de niños se fue enterando de la noticia y así el resto del pueblo, pero nadie se quejó. Entre todos ayudaron a Olaya a recuperar a la foca y cuando se ya estuvo en forma, la foca se marchó.

El invierno fue duro, con mucho frío y marejadas, el puerto se inundaba a menudo y Olaya y el resto de los niños estaban tristes porque la foca se había marchado; pero regresó la primavera y el sol.

Y un día de verano, la foca regresó a ver a su amiga, Olaya... Ella estaba muy feliz de recuperarla... y desde entonces todos los veranos, la foca volvía al puerto del pueblo de casas de colores.